

FORO COMPLUTENSE

Escritores en la Biblioteca

Conferencia de Luis Sepúlveda

El Ratoncito Pérez en la biblioteca

Modera: Rosa Falcón

30 de octubre de 2008

Lugar de celebración: Biblioteca Histórica Marqués de Valdecilla

Rosa Falcón

Hola. Buenas tardes. Muchas gracias por estar en esta segunda tarde de inauguración del ciclo “Escritores en la Biblioteca” del Foro Complutense. Hoy tenemos la oportunidad de tener a Luis Sepúlveda con nosotros. Es una visita largamente esperada, como él mismo sabe, ya que hace varios años participó en un encuentro de escritores chilenos en la Facultad de Filología y ya entonces le habíamos invitado. Prácticamente, se trata de una invitación permanente por parte del Foro. Muchísimas gracias, Luis, por estar esta tarde con nosotros.

Voy a presentarle muy brevemente, porque todos le conocerán. Haré un breve recordatorio de algunas de sus obras: escritor, periodista, realizador cinematográfico... Entre los numerosos premios que ha obtenido cabe destacar el premio de Casa de las Américas, el Gabriela Mistral de poesía, premio internacional Grinzane Cavour en Italia, premio Tigre Juan en España. Es autor de cuentos, guiones de cine, de radio, novelas... en fin. En el caso de los cuentos, cabe citar *Los miedos, las vidas, las muertes y otras alucinaciones, Cuaderno de viaje, Boicot, Desencuentros*, la novela *Un viejo que leía novelas de amor, Mundo del fin del mundo, Nombre de torero, Historia de una gaviota y el gato que le enseñó a volar*. Además, ha hecho películas como *Diario de un killer sentimental, Patagonia Express, Hotline, Historias marginales*. Se editaron las conversaciones con el escritor italiano Bruno Arpaia, *Más raro es resistir*. Se han publicado artículos como *Moleskine, apuntes y reflexiones, La locura de Pinochet o El poder de los sueños*. También ha escrito guiones radiofónicos como *Vida, pasión y muerte de ‘El gordo y el flaco’*. Su último libro publicado que está en las librerías es *La lámpara de Aladino* y en septiembre ha estrenado una obra dramática llamada *El funeral del poeta*, escrita junto al dramaturgo italiano Renzo Sicco. Es Caballero de las Artes y las Letras de la República Francesa y doctor honoris causa de las universidades de Toulon en Francia y Urbino en Italia. Hay que destacar su labor de gestión en el mundo de los libros. Es fundador y director del Salón del Libro Iberoamericano de Gijón, que se celebra todos los años durante la segunda semana de mayo. Sin más dilaciones, cedo la palabra... Muchísimas gracias, Luis, por estar hoy con nosotros.

Luis Sepúlveda

Gracias por la invitación, Rosa. Muchas gracias.

Buenas tardes y gracias por estar acá. El que haya público en una tarde tan fría revela un interés por la literatura que es bastante saludable porque hoy es una tarde de perros en la que lo más lógico sería estar con los amigos en un café en torno a una botella de vino o en casa con el hogar encendido...

El título de esta presentación, porque no es una conferencia... esto es un foro e imagino que tendremos la ocasión de debatir y si no, si tenéis preguntas yo estoy dispuesto a responder a todas las preguntas que queráis hacerme. El título de este encuentro es “El Ratoncito Pérez en la biblioteca”. Primero, porque cuando me invitaron me hicieron al mismo tiempo esa terrible pregunta: “¿Cómo se va a llamar tu intervención?” La verdad es que no hay nada más difícil que darle título a una intervención. Más aún en una biblioteca histórica como ésta, la biblioteca histórica de la Universidad Complutense.

FORO COMPLUTENSE - Escritores en la Biblioteca
Conferencia de Luis Sepúlveda
El Ratoncito Pérez en la biblioteca
Modera: Rosa Falcón

Cuando estaba hablando por teléfono con Rosa, me acordé de algo que es rigurosamente real. Es el hecho de que yo tengo una relación sentimental bastante rica con el famoso Ratoncito Pérez. Como también alguna vez fui un niño, cuando tenía muy pocos años un día se me soltó un diente y, alarmado, acudí a la persona en ese tiempo la más importante para mí, que era mi abuelo. Mi abuelo Gerardo, que era de Martos, Jaén y que, antes de llegar a Chile se fugó de dos cárceles. Se escapó de la cárcel de Almería, en donde lo habían confinado de por vida porque había participado junto con otros compañeros, de los primeros libertarios de la Península Ibérica, en una acción para ajustarle las cuentas a un miserable que le arruinaba la vida a los aceituneros altivos de Jaén del poema. Y se fugó de la cárcel de Almería, fue a dar a Filipinas. Allí se puso del lado de los independentistas. De ahí fue a dar a Ecuador y, como buen andaluz, en Ecuador puso una fábrica de aceite. Hizo una “fortunita”... Juntó un poco de dinero y ese dinero sirvió para financiar a los primeros movimientos libertarios de América Latina. Era un anarquista con el corazón rojo y negro, pero hasta el fondo.

Y por sus actividades libertarias en Ecuador volvió a la cárcel y se escapó de la prisión de Guayaquil y fue a dar a Chile. Ese hombre, Gerardo, era lo más cercano, era mi compinche, mi camarada, mi gran amigo. Y le dije: “Se me ha soltado un diente y algunos chicos del jardín de infantes, me han comentado que hay un tal Ratoncito Pérez que te deja un regalo por cada diente que tú pierdes”. Y el abuelo me dijo: “¿Y cómo es eso?” Y yo le respondí: “Parece que hay que dejar el diente bajo la almohada y al día siguiente el Ratoncito Pérez te ha dejado una moneda”. Entonces, el viejo Gerardo me respondió: “Eso es un miserable desprestigio del Ratoncito Pérez. No es un miserable mercachifle. No intenta comprar a las personas. Pero, hazlo. Veremos qué ocurre con el Ratoncito Pérez”.

Y perdí el diente y lo dejé bajo la almohada. Y al día siguiente había un libro. Había un maravilloso libro que publicaba una editorial argentina que se llamaba Billiken. Eran unos libros pequeñitos, del tamaño de una cajetilla de cigarrillos pero muy gruesos. En la página izquierda tenían una ilustración y en la página derecha, texto. El primer libro que me regaló el Ratoncito Pérez era la adaptación infantil de una gran novela de James Fenimore Cooper, “El último mohicano”. Aún no sabía leer, aunque ya reconocía ciertas letras. Ese viejo me enseñó justamente a leer a los cuatro años y ese fue el turno de mi abuela, que iba repasando conmigo las páginas de ese pequeño libro gordo y con ilustraciones que incluso permitían seguir la historia, eran muy buenas las ilustraciones. Y así, con cada diente de leche que perdí, el Ratoncito Pérez me dejaba un libro nuevo. Recuerdo que el tercer o cuarto diente, el Ratoncito Pérez me lo cambió por un libro que luego de conocer y que me lo leyeron, leerlo yo mismo en su versión infantil y en su versión de adulto, y es uno de los libros que me acompañaron y me acompañan durante muchos años, porque es una novela que encierra muchas cosas... se trataba de “La isla del tesoro” de Stevenson.

De alguna manera, ese Ratoncito Pérez me inquietaba... porque llegué a algunas conclusiones. La primera conclusión era que el Ratoncito Pérez no era uno, sino que eran muchos. Evidentemente había algunos que tenían una visión bastante mercantilista del amor y de las relaciones humanas, que dejaban dinero a los niños por el diente. Y había otros, entre los cuales se encontraba el mío, que necesariamente vivían en una biblioteca de donde sacaban los libros y dejaban ese objeto precioso a cambio de los dientes que uno iba perdiendo. En alguna ocasión, yo mismo forcé la caída de los dientes, que empezaban a aflojarse. No esperaba a que se soltaran de manera natural porque así... sentía un gran orgullo de ver esa pequeña tabla junto a mi mesilla de noche en donde se iba ordenando mi pequeña biblioteca que se nutría justamente de los libros que me dejaba el formidable Ratoncito Pérez aquel... De ahí nace un amor por los libros... que se va completando con los años y se va completando con lecturas de todo orden. Mi abuela, por ejemplo, la esposa de ese anarquista, era una vasca de Guetaria que también tenía una relación viva con la literatura y con los libros. Me contó muchas historias. No recuerdo, desde que tengo uso de razón, ni una sola noche que antes de ir a la cama no me leyeron una historia o me contaran una historia. Era parte esencial del hecho de terminar el día el estar muy cómodo, muy arropado en la cama mientras mi abuela o me leía o me contaba una historia. Creo que muchas eran de su propia creación. Tal vez las escuchó alguna vez en su lejana lengua vasca y ella misma las tradujo o tal vez se las contó a ella su madre, que debió ser una mujer bastante culta porque mi abuela era una mujer de una cultura muy sólida. Hablaba cinco o seis idiomas, tenía grandes conocimientos de música y era una gran pianista que, curiosamente, llegó a Chile como dama de compañía de una señora que era una marquesa de la Casa de Comillas que daba la vuelta al mundo en un velero. Y cuando atracaron en un puerto del norte de Chile llamado Iquique, de pronto, conoció a ese ser terrible que era un agitador entre los obreros del norte de Chile, los mineros del nitrato, del salitre, que era mi abuelo y, curiosamente, ese viejo terrible conquistó a esa mujer que era vasca, católica y carlista no sólo para su corazón, sino también para la causa... Susana se transformó también en una gran activista del movimiento obrero chileno. Recuerdo siempre que, de todas las historias que me contaba y de todas las historias que me leía, dejaba la frase más hermosa para el final. Era como un cierre de fiesta. La frase más bella, la más intensa, era la frase que cerraba el relato y me decía: “Bueno..., ahora a dormir que mañana es otro día”. Y yo me quedaba con esa frase y soñaba muchas veces con lo que me había contado. Especialmente sintetizado en aquella frase hermosa y, la verdad es que, desde muy pequeño, empecé a sentir

FORO COMPLUTENSE - Escritores en la Biblioteca
Conferencia de Luis Sepúlveda
El Ratoncito Pérez en la biblioteca
Modera: Rosa Falcón

que el mundo estaba lleno de frases hermosísimas para terminar los días y otra, que yo querría ser capaz de decir alguna vez alguna de aquellas frases tan hermosas como fin de una jornada, de una etapa, como preludio de la nueva jornada que comenzaba al día siguiente.

Ya libre de los regalos del Ratoncito Pérez, empecé a tener el privilegio de lecturas mayores. Me considero como escritor un individuo cien por ciento cervantino. Tengo un gran apego a la obra de Cervantes porque me acompañó... El Quijote fue una compañía muy querida durante muchísimos años. Porque ese hombre terrible, ese abuelo que tuve empezó cuando yo tenía doce años una lectura de El Quijote que culminó cuando yo cumplí dieciséis años. Todos los días me sentaba al finalizar el día en una pequeña silla de paja y él se sentaba frente a mí en una mecedora de madera y me iba leyendo y desmenuzando y contando capítulo tras capítulo. La verdad es que ninguna película, ninguna ópera, ningún concierto, ningún otro libro me ha proporcionado una satisfacción y momentos de placer tan intensos como los que sentí cuando ese hombre me leyó esa novela formidable, anticipatoria... y sin duda no entendía todas las palabras, pero era tan importante y tan bello el contexto. Era tan hermoso lo que había detrás... era tan identificable. Tan mío, además... yo no recuerdo otro disfrute semejante o mayor que el que me proporcionaba esa lectura y así es que, cuando mi abuelo murió, yo tenía diecisiete años y me llamó a su lado y me preguntó qué era lo mejor que me había entregado. Y le dije: "Me leíste El Quijote". Me hizo prometer que si yo tenía nietos, algún día también les iba a leer El Quijote. Me estoy preparando. Ya mis nietos entran en la edad suficiente para sentarse en sillitas de paja y que yo les lea El Quijote.

He tenido una relación pasional con los libros. Creo que a los quince años quise ser escritor. Y quise ser escritor por todo lo que había leído... pero fundamentalmente porque llegó a mis manos una novela que se escapaba a todo lo que había leído y me habían leído, con la excepción de El Quijote hasta ese momento. No fue mi abuelo. Fue mi padre, que un día llegó con un libro editado por una editorial chilena, llamada Zig-zag. Era un libro con unas tapas horribles porque tenía unas franjas celestes y blancas. La impresión era mala. La letra era muy pequeña. Pero empecé a leer y sufrí una especie de revolución interior porque se trataba de un escritor que me estaba contando historias extraordinariamente bellas, extraordinariamente vitales en un mundo que no estaba lejos, como el mundo de F. Cooper, que no estaba tan lejos como el mundo que me contaba Jules Verne en las ocho o diez novelas que ya había leído de él, que no estaba tan lejos como los mundos que me describía Emilio Salgari, que no estaba tan lejos como los mundos que me contaba Jack London o Herman Melville. Estaba ahí, al alcance de mi mano, saliendo de Santiago y caminando unos cuantos miles de kilómetros hacia el sur pero en mi propio país. Ese libro se titulaba *El chilote Otey y otros relatos* y estaba firmado por el más grande de los escritores que ha dado nunca Chile, un hombre llamado Francisco Coloane. Un hombre además, de una vida tan apasionante como su propia literatura. Un hombre que nació en un barco, que se dedicó a navegar como marino, en la marina de guerra y luego en la marina mercante. Un hombre que fue el primero nacido en Chile que se dio un gran paseo por el territorio antártico y llegó hasta el polo sur. Alguien que conocía las siete mil islas que hay al sur del Seno del Reloncaví, es decir, donde comienza la Patagonia hasta los confines del Cabo de Hornos como la palma de su mano. Todas. Y que sabía de lo que escribía y utilizaba un lenguaje enormemente vital. Un lenguaje que dejaba al lector casi sin respiración porque su propia gramática, su propia ortografía estaba determinada por su envergadura física. Un hombre que medía más de dos metros, ha de haber pesado en su juventud unos ciento veinte kilos de peso y unos pulmones grandes como costales de patatas... Entonces, era un hombre que cuando llenaba sus pulmones de aire era imposible competir con él y su gramática, su ortografía, estaba determinada por la cantidad de aire que tenía en los pulmones. Y así soltaba sus párrafos de una belleza estremecedora y una violencia literaria que nunca había leído y nunca he vuelto a leer.

Ese escritor me ha cambiado la vida. Empecé a buscar sus obras. Creo que las leí todas cuando había cumplido dieciocho años, todas las que había publicado hasta entonces. Y nació en mí el deseo de escribir las historias que me gustaba leer. Tenía claro que no quería escribir como él, porque era imposible. Pero tenía claro que quería tener una vida parecida a la vida de Coloane. Curiosamente, sus libros me acompañaron y me acompañan, son libros son muy queridos... curiosamente, digo, era un ciudadano de mi propio país y nunca lo conocí. Pasaron los años. Siempre tuve enormes deseos de conocerle, incluso cuando era un joven de diecisiete o dieciocho años llegué a aproximarme a la casa de Santiago donde vivía, pero no sabía cómo se le habla a un gigante. Me inhibí al llegar a la puerta.... Pensaba: "Yo no tengo palabras para hablarle a un gigante". Apenas abra la puerta, me mirará y me va a fulminar... Este hombre tiene toda la fuerza del sur, este hombre tiene toda la vitalidad de los balleneros, la vitalidad de los cazadores de focas, es navegante, heredero de todas esas etnias que han desaparecido. Conoce palabras que yo nunca voy a conocer, porque ha hablado con los kaweshcar, con los alacalufes, con los onas, los yaganes, ha comido con ellos... Entonces me inhibí al llamar a su puerta. Y fueron pasando los años, la vida siguió su curso. Vino el exilio, estuve dieciséis años fuera y, un día, por puro azar, un editor francés que dirige una gran casa editora en Francia que se llama Ferbooks, en una cena hablando de literatura yo comencé a hablar de este gigante de las letras chilenas que era una pena que no estuviera traducido en Europa. Y este hombre me dijo, de pronto: "¡Cuéntame un cuento del autor del que estás hablando!" Y yo le conté un cuento en mi francés es elemental, pero me atreví a hacer una traducción así, directamente, y le conté un

FORO COMPLUTENSE - Escritores en la Biblioteca
Conferencia de Luis Sepúlveda
El Ratoncito Pérez en la biblioteca
Modera: Rosa Falcón

relato de Coloane que se llama *El témpano de Calasac*". Es un relato que es parte de la realidad de esos terribles mares del sur del mundo. Es la historia de un indio, de una etnia desconocida, de una de las tantas etnias que desaparecieron cuando, luego de la independencia, Chile abrió las puertas del sur a una gran emigración centroeuropea, alemanes, polacos, croatas, galeses... para colonizar aquella región que daban por despoblada cuando sí estaba poblada. Había habitantes –y muchos– que vivían ahí y eran los legítimos dueños de esa tierra. Se trataba de establecer ganaderías, explotar los bosques y el mar.

Un día, un indio de una de esas etnias se fue de cacería, lo sorprendió un violento cambio de tiempo, bajaron las temperaturas abruptamente y terminó prisionero en un témpano de hielo. Quedó flotando a la deriva por los canales y aún hasta hoy hay mucha gente, navegantes, que lo ven, pasan junto a ese témpano con el indio adentro que lleva una mano extendida. Lleva la mano izquierda extendida señalando un punto en el horizonte y parece decir: "Vete de aquí", al que lo mira. "Vete de aquí, sálvate". Le conté eso al editor de Ferbooks. Se produjo un silencio y dijo: "Yo tengo que publicar eso".

Entonces se puso en contacto con este gran escritor, Don Francisco Coloane, publicó el primer libro en Francia, un hermoso libro titulado *Tierra del fuego*, que fue un absoluto éxito entre los lectores franceses. Así, la obra completa de Coloane, que ya sumaba unas veinte novelas y libros de relatos, luego pasó a Italia, naturalmente, y a Alemania, a Portugal, Grecia, Holanda, etc. En muy breve tiempo, Europa empezó a conocer... España incluso... empezó a conocer la obra de ese gigante de las letras. Yo no lo conocía personalmente y me llegó el momento de ir a conocerle a Chile. Él insistió en que quería conocerme, de alguna manera, injustamente sostenía que era por mi mediación que había conseguido ese eco por fin en Europa. No... el mérito es enteramente de él.

Y fui. Yo vivía aún en Hamburgo. Recuerdo que mientras preparaba el viaje estaba muy inquieto. Tenía una emoción muy grande. Tenía las mismas preguntas que me hacía a los dieciocho años (¿Cómo se le habla a un gigante...?) Quise llevarle un regalo y me fui a una tienda del puerto de Hamburgo, el Land um Brügggen, donde hacían los mejores gorros para capitanes de embarcaciones. La típica gorra azul de los capitanes, de buena lana, impermeable... Y dije que quería mandar a hacer una gorra para un capitán. Y me preguntaron: "¿Conoce las dimensiones de la cabeza, el diámetro...?" "Supongo que como la mía", contesté, "que soy bastante cabezón, y algo más..." Entonces, un artesano tomó las medidas y me dijo: "Bueno, estará lista en un mes". Y al mes la fui a buscar y vi una gorra hermosa, preparada en una caja. Me dijeron: "Tiene que dar los datos... el nombre del barco y del capitán, porque es tradición de la casa registrar los nombres de las embarcaciones y del capitán que va a llevar la gorra..."

Y claro... se me presentaba un problema. Entonces, había un señor muy amable, le llamé a un lado y le dije: "¿Sabe...? Es para un gran escritor que escribe del mar... Muy pronto va a salir en Alemania la primera traducción de uno de sus libros, yo me comprometo a enviársela y usted va a descubrir que nadie como él merece llevar una gorra fabricada por su casa". Y el hombre se convenció. Pero me dijo: "Tenemos que poner algo..." Se refería a una placa de bronce que llevaba la gorra en la parte de atrás, una placa identificatoria por si había algún naufragio. Y en esa placa, el orfebre escribió: "Francisco Coloane. Capitán de la Mar del Sur".

Y con ese regalo llegué a conocerlo, por fin. La cita era a las cinco de la tarde en lo que los chilenos llamamos "la hora de onces". Esto de "la hora de onces" es una historia bastante simpática que revela la peculiaridad de los chilenos porque, como los ingleses, a las cinco de la tarde los chilenos nos reunimos a tomar té, las señoras, el *five o'clock tea* de los ingleses. Pero, desde tiempos inmemoriales, los caballeros también a esa misma hora se reunían a tomar una copa de aguardiente y como la palabra "aguardiente" tiene once letras, para evitar decir "aguardiente" decían: "Vamos a tomar 'onces'". Y ahí nació la costumbre, la tradición. Y entonces quedé con Coloane a la hora de onces. Llegué una hora y media antes. Él tenía una casa en Santiago frente a un parque muy hermoso que es el Parque Forestal, de árboles antiguos, fuentes, estudiantes y dudaba... tenía las mismas dudas, repito, de cuando tenía dieciocho años. ¿Cómo se le habla a un gigante? ¿Cómo se le habla a un hombre que ha comido con gente que ya no existe? ¿Cómo se llama el único que es heredero y depositario del eco de las voces de los yaganes, de los onas, de los alacalufes, de los kaweshcar, de los kelshan...?

Me paseaba por la calle y recuerdo que entré a un café, que en Chile se llaman "fuentes de soda" –nadie sabe porqué, pero se llaman así–, me tomé una cerveza, dejé pasar el tiempo, me fumé algunos cigarrillos y cuando ya faltaba media hora para las cinco, me dije: "Voy... Voy a tocar el timbre y qué diablos, que sea lo que la suerte quiera". Llamé, salió la esposa de Coloane que me dijo: "Por fin llegas. Tu amigo está ahí, paseándose y hecho una fiera por tu atraso". Entonces lo vi, gigante, enorme, ya tenía ochenta y dos años. Era un hombre enorme, de una envergadura física, de una hermosa cabellera blanca, una barba blanca de marino y fue muy extraño... porque apenas me vio, me abrazó, yo le entregué mi regalo, abrió la caja, se la puso y le quedó maravillosamente bien la gorra. Inmediatamente me llevó a su escritorio, sacó una caja de cartón de debajo de un mueble y me dijo: "Aquí está la historia de todos los naufragios que

FORO COMPLUTENSE - Escritores en la Biblioteca
Conferencia de Luis Sepúlveda
El Ratoncito Pérez en la biblioteca
Modera: Rosa Falcón

han ocurrido en el Estrecho de Magallanes. Todos. Desde el primer barco que pasó después de Magallanes y de Pigaffeta, hasta el último naufragio que ocurrió hace unos cinco años. Estoy trabajando en esto y quiero que tú me acompañes mientras trabajo”.

Para mí, aquello era un honor más importante que recibir el premio Nobel de literatura y le dije inmediatamente: “Sí, Don Pancho”. Corrigió: “No... Pancho, simplemente a secas...” “Bueno, Pancho...” Y compartí con él unos días maravillosos porque saltaba en sus conversaciones, de pronto tomaba una caracola marina y me decía: “¿Sabes lo que ocurre cuando un caracol menor se transforma en el parásito de una caracola grande...?” y comenzaba una serie de narraciones que a mí me dejaban absolutamente embobado. O de pronto, llenaba dos copas de vino y decía: “No puede ser... Olvidé invitar a Pablo”. Y corría a buscar una tercera copa, la llenaba de vino y se iba frente al retrato de su gran hermano, de su amigo Pablo Neruda, colocaba la copa frente al retrato de Neruda y brindábamos con él, con Neruda.

Ese hombre, con su literatura creo que me hizo escritor. Deseé fervientemente ser escritor después de leerlo a él, a Coloane. Y... bueno... tuve la fortuna de acompañarlo unos años de su vida. Murió hace cuatro años y tuvo una muerte de gigante, se sintió mal, le diagnosticaron la terrible enfermedad, el cáncer, le dijo a su mujer: “Voy a morir como lo que he sido, como un navegante”. Se fue a la isla de Chiloé, alquiló una habitación en una pensión y murió. Frente al mar, frente a las islas que amó. Y dejó instrucciones, que apenas confirmada su muerte por un médico, se le incinerase y sus cenizas fuesen arrojadas al Golfo de Penas en el Estrecho de Magallanes y que, sólo después de una semana, cuando las corrientes ya se hubiesen llevado sus cenizas por todos los confines del sur, recién entonces, se dijera públicamente que había muerto Francisco Coloane, porque no deseaba tener ningún homenaje. Para él, la vida ya le había dado demasiados homenajes: la amistad con Neruda, la posibilidad de conocer a esa gente que, como él, ya no existe, esos habitantes primigenios del continente americano, y eso lo consideraba el más grande de los homenajes que podría haberle dado la vida. Y así murió como vivió. Fue un hombre que abrió las puertas de la literatura chilena de una manera muy peculiar. Antes de Coloane, todos los autores, con algunas excepciones como Baldomero Lillo, escritores de la literatura social, Nicomedes Guzmán, Carlos Sepúlveda... el resto escribía de una manera compulsivamente afrancesada, atrozmente afrancesada.

Y de pronto, llegó Coloane y abrió de una patada las puertas de la literatura y dijo: “Yo vengo del sur. Así se escribe”. Yo lo amé y lo admiré por eso, por su enorme gallardía, por su carácter absolutamente no académico, siendo un hombre que tenía un manejo de la lengua y un manejo del idioma extraordinario. En cada uno de sus libros resulta más que notoria la riqueza que tenía y el amor y la pasión que sentía por la lengua con la que trabajaba, por la lengua en la que escribía. Decía que murió como vivió y como escribió. Y a mí me dolió estar lejos cuando supe de su muerte. Me dolió estar donde vivo, en Gijón, porque me habría gustado estar no con él, pero cerca, tal vez haber acompañado a su mujer a esparcir sus cenizas en el Golfo de Penas. Recuerdo que se ocurrió hacerle un homenaje desde lejos. Tengo un amigo en la capitanía del puerto de Gijón y le conté que había muerto un gran marino y amigo mío. Y le pregunté si me permitía izar el gallardete de luto en la capitanía de puerto de Gijón y me respondió que sí. Él mismo compró unas botellas de buen whisky, se fue conmigo, izamos el gallardete de luto, gritamos el “Ahoy, ahoy, ahoy... buen viento, Francisco Coloane” y bebimos a la salud de ese gigante.

Decía que soy escritor por él y en todos mis libros está presente, de alguna manera, su espíritu, su manera de contar las cosas... Si me lo permitís, me gustaría leer un relato de mi último libro, es un relato breve y que tiene que ver con él, de alguna manera, porque es una suerte de metáfora de cómo yo sentía a Coloane. El relato se titula *El árbol*.

“En la isla Lennox hay un árbol, uno, indivisible, vertical, terco en su terrible soledad de faro inútil y verde entre la bruma de los dos océanos. Es un alerce ya centenario y el único sobreviviente de un pequeño bosque derribado por los vientos australes, por las tormentas que hacen risible la idea cristiana del infierno, por la implacable guadaña de hielo que siega el sur del mundo. ¿Cómo llegó hasta ese lugar reservado al viento? Según loas isleños de Darwin o de Picton, transportado en el vientre de alguna avutarda, como semilla germinada y emigrante. Así llegó, llegaron, se abrieron camino entre las grietas de la roca, hundieron las raíces y se alzaron con la verticalidad más rebelde. Eran veinte o más alerces, dicen los viejos de las islas que no tienen la mitad de los años del árbol sobreviviente. Le llevan más de unos pocos en ese mundo en donde el viento y el frío susurran: “Vete de aquí, sálvate de la locura...” Fueron cayendo uno tras otro con la lógica de las maldiciones marinas, cuando el viento polar doblegó al primero y su tronco se partió con un rumor terrible que sólo se escuchará de nuevo. Dicen los mapuches, el día en que se rompa el espinazo del mundo, empezó la condena del último árbol de la isla. Mas el camarada caído tenía en sus ramas el vigor de todos los vientos sufridos, de todos los hielos soportados y su memoria vegetal fue sustento de los otros. Así se hicieron fuertes, continuaron el desafío de tocar el cielo bajo de la Patagonia con las ramas. Y así fueron cayendo, uno tras otro, de forma definitiva, sin doblegarse en vergonzosas agonías. Los árboles azotaron desde la copa a la raíz, a las rocas y a los vientos victimarios dijeron: “He caído, es cierto. Pero así muere un gigante...” Uno quedó sobre la isla, el árbol, el

FORO COMPLUTENSE - Escritores en la Biblioteca

Conferencia de Luis Sepúlveda

El Ratoncito Pérez en la biblioteca

Modera: Rosa Falcón

alerce que apenas se vislumbra al navegar por el estrecho, rodeado de muertos que son suyos, impregnado de memoria, que es suya y temporalmente a salvo de los leñadores, porque su soledad no compensa el esfuerzo de atracar la nave y subir por las escarpadas rocas a tumbarlo. Y crece... y espera. En la estepa polar, otros vientos afilan la guadaña de hielo que ha de llegar hasta la isla, que inexorablemente ha de morder su tronco y, cuando llegue su día, con él morirán definitivamente los muertos de su memoria. Pero mientras espera el inevitable fin sigue vertical sobre la isla, altivo, orgulloso, como el estandarte imprescindible de la dignidad del sur”.

[aplausos]

Bueno, no quiero ser quien monopolice el uso de la palabra. Si hay preguntas, yo estoy dispuesto a responder incluso a las preguntas más indiscretas *[risas]* . Como siempre, es difícil hacer la primera pregunta... Sugiero hacer la segunda, eso ya facilita las cosas.

Persona del público

Pues yo lo primero que quería hacer es agradecer esta fantástica exposición que ha hecho el señor Sepúlveda sobre las motivaciones de su vida, la literatura... y, sobre todo, los anclajes emocionales de esa pasión literaria. De verdad que me ha conmovido, porque mi caso ha sido muy parecido. Gracias a Dios, yo he tenido la relación con la literatura desde la infancia y a través de personas muy queridas de mi familia, mi padre, sobre todo. Y eso es importante. Y es muy importante que su abuelo le pidiera el favor de que siguiera con esa tradición. Creo que es algo que no debe perderse. Quisiera preguntar... bueno, realmente ha sido muy humilde porque su gran maestría literaria se la adjudica a esos anclajes emocionales, tanto de la infancia como en su relación posterior con Francisco Coloane, a quien no conozco, pero que conoceré, lógicamente, a partir de hoy. Quisiera saber si verdaderamente en ese camino, aparte de su esfuerzo personal, de alguna forma ha bebido también de otras fuentes, aparte de las que nos ha comentado.

Luis Sepúlveda

Sí, naturalmente. Bueno, las fuentes de un escritor son infinitas. Las lecturas son muy heterodoxas. Cuantas más, mejor. Cuando empecé a hacer lecturas intencionadas, es decir, con un afán de conocer lo que me interesaba, descubrí, por ejemplo, a los románticos alemanes. Me cuesta mucho concebirme a mí mismo si no hubiese conocido a los románticos alemanes. Si, por ejemplo, no hubiese leído a Novalis o a Hölderlin. Son para mí piezas clave de ese bagaje que ha ido reuniéndose. Pienso que tengo una mochila en donde va mi bagaje. Cuando me pongo a escribir está ahí. Está siempre presente. Luego me siento muy deudor de los grandes cronistas californianos como Bret Harte. Es curioso, son libros “desclasificados”. Son obras maestras de la literatura que no están ahí simplemente porque, desde el punto de vista mercantilista que tiene hoy día la sociedad, es mucho más importante tener en la librería la obra de un papanatas porque ganó el premio Planeta, que obras maravillosas de grandes maestros de la literatura que son imprescindibles. Leer por ejemplo las “Crónicas californianas” de Bret Harte para cualquier persona que quiere ser un escritor es una cuestión extraordinariamente importante. Leer al gallego Campoamor, un extraordinario autor de libros de viajes y de crónicas, de una certeza y una gran agilidad intelectual para observar el mundo y contarlo de una manera concisa. Curiosamente, recién ahora después de muchos años, el gobierno gallego se preocupó de reeditar algunas de sus obras porque no se encontraban en ninguna librería. Evidentemente, la formación de nuestros jóvenes es deficitaria no por culpa de ellos, sino porque una visión mercantilista de la vida, de la educación y de las cosas ha eliminado detalles que son realmente importantes para reemplazarlos por asuntos que son muy prescindibles. Realmente, creo que una novela como “El código Da Vinci” es perfectamente prescindible, pero un libro de Eduardo Campoamor, no. Al contrario, es imprescindible.

Evidentemente, hay algunos anglosajones que me han acompañado. Soy un amante de la obra de Hemingway. Casi sin excepciones. Considero que se trata de una obra muy importante. Maltratada, mal estudiada... Nosotros, en la lengua española, los que pertenecemos a esta formidable cultura que aglutina a casi quinientos millones de personas, hemos tenido mala suerte a la hora de conocer autores de otras lenguas porque las traducciones, justamente por el desprecio que hay a esa figura tan importante que es el traductor de literatura, han sido generalmente malas y descuidadas. Ahora empiezan a ser cuidadas. Durante una época, cuando en España no se publicaban libros que merecieran llamarse como tales, durante el franquismo. Aunque en la Argentina se hizo un gran esfuerzo editorial pagando buenas traducciones literarias, pero no fueron demasiadas. En México también. De ahí que sea tan importante que nuestros jóvenes se acerquen con una facilidad mucho mayor a los idiomas, porque eso les permitirá leer en las lenguas originales, lo que enriquece muchísimo más. Yo tuve esa extraña fortuna de nacer en ese país tan alejado del

FORO COMPLUTENSE - Escritores en la Biblioteca
Conferencia de Luis Sepúlveda
El Ratoncito Pérez en la biblioteca
Modera: Rosa Falcón

mundo que es Chile, que era Chile. Yo tengo un Chile en mi memoria, que amo. El real, el de hoy, no me gusta. El país que cambió a partir del golpe militar fascista del año 73 no me gusta, incluso ahora, a dieciocho años de la recuperación democrática, no me gusta. Porque hay cosas fundamentales que no han cambiado y que... No me gusta un país en donde la educación es privada. Toda. No me gusta un país en donde la sanidad pública no existe, toda es privada. No me gusta un país en donde los padres se ven sometidos al terrible dilema de “o tienes dinero o los hijos son analfabetos”, “o tienes dinero o te mueres”. Pero en aquel tiempo, anterior a 1973, éramos un país de una realidad insular muy extraña... Chile fue un país extraño desde su formación... Tuvimos una muy buena educación que nos permitió tener acceso a los idiomas con relativa facilidad. Creo que todos los chilenos salíamos del liceo, de la enseñanza media, con un muy buen inglés, muy buen francés y, en algunos casos, con un muy buen tercer idioma, como fue mi caso, ya que yo salí hablando inglés, francés y alemán del liceo. En el contexto latinoamericano era una educación casi privilegiada. Se trataba de educación pública, laica y gratuita.

Decía que tiene que ver también con mi formación de escritor el hecho de haber nacido en ese país, algo que siempre me ha intrigado... su historia. Me ha intrigado porque creo que tiene una singularidad muy especial. Primero, hay una serie de mitos y paparruchadas de izquierda. Hay mitos de izquierda y mitos de derecha... Hay un mito de izquierda que sostiene que, antes de la llegada de los españoles y de los europeos, el continente americano era un paraíso. No es cierto. Hubo tres imperios muy fuertes. El imperio maya, el imperio azteca y el imperio inca. Para ser “imperio” hay que sojuzgar o no se es imperio. Es imposible imaginar un imperio que no sojuzgue, que no esclavice, que no reprima, que no intente aniquilar a los pueblos que no están de acuerdo con ellos... Y ese territorio que se llama Chile, que tiene casi cinco mil kilómetros de extensión, en el norte tiene un desierto que es uno de los desiertos más áridos del mundo, el desierto de Atacama. En él vivían numerosos pueblos indígenas, diaguitas, chonitas... que fueron metidos en el genérico de “atacameños”.

Esos pueblos vivieron ochocientos años sojuzgados por los incas. Iban en busca de vírgenes, de jóvenes para el servicio militar, el *rutus* inca... duraba dieciocho años el servicio militar. Iban a buscar “voluntarios” entre los pueblos atacameños. Secuestraban a los jóvenes y, bueno... no sobrevivían a esa brutal pasada por el ejército inca. De tal manera que cuando Pizarro llegó a Perú, evidentemente esos pueblos indígenas saludaron a los españoles como a sus “salvadores”, es decir, a aquellos que habían derrotado al imperio que los sojuzgaba, que los trataba mal. Pero cuando Pizarro intentó avanzar más al sur, esos mismo pueblos atacameños le dijeron: “Mire, nosotros simpatizamos mucho con usted porque nos liberó de los incas, pero le aconsejamos que no siga más al sur, porque más al sur hay unos tipos terribles. Y si ustedes lograron vencer a los incas fue porque los encontraron en un estado de debilidad militar, política... en un estado de descomposición enorme, justamente porque esos tipos terribles que viven más al sur les propinaron una paliza tremenda”. Hay un cronista que cuenta cómo Almagro se sentó a escuchar a un diaguita, posiblemente en las cercanías de lo que hoy sería la ciudad de Arica, en el norte de Chile en la frontera con Perú, y ese diaguita le contó el regreso del ejército inca derrotado por esos “terribles hombres” de más al sur. Un ejército de más de quince mil hombres que había avanzado con toda la parafernalia de los ejércitos imperiales y que había regresado medio agónico, camino al imperio inca. Claro, eso atemorizó a los españoles que estaban en el Virreinato del Perú para avanzar más al sur. Pero las intrigas en la corte eran tan grandes, la avaricia era tan grande que pronto lo que es el territorio del Perú se quedó pequeño y había que avanzar más al sur.

Almagro lo intentó, avanzó algo así como ochenta kilómetros por el desierto de Atacama, pero sucumbió a las historias que le contaban de los “tipos que vivían más al sur”. “Son muy grandes, son muy fuertes...” Hasta los mitos, Sarmiento de Gamboa, el cronista, escribió, por ejemplo, “la gente que vive al otro lado de los confines del desierto es de tal fealdad y de tal pestilencia que por eso no se aparean, no procrean...” ¿Cómo están si no procrean...? Con Sarmiento de Gamboa nace el realismo mágico. O tiene otras *delicatessen* maravillosas que se pueden leer en el archivo de Indias en Sevilla. Refiriéndose a las gentes de la Tierra del Fuego nos dice que “tienen un ojo en medio del pecho y unas orejas tan grandes que para dormir no precisan de mantas pues cúbrense con ellas...” Ficción pura... bueno.

Finalmente, las presiones de la corona son tan grandes que deciden mandar gente para que cruce el desierto y vaya al sur. Ahí se produce un cambio en la historia del descubrimiento, de la conquista, de la invasión armada de América, del choque de las culturas o como le queramos llamar... Se produce un cambio muy grande, una vuelta de tuerca, porque el que va es un capitán llamado Valdivia, Pedro de Valdivia, pero no lo mandan con la misión de buscar oro y plata, lo envían con el mandato de encontrar tierras fértiles para fundar la Nueva Extremadura. La conquista se transforma en colonización. Pasamos de una invasión a la emigración. Valdivia avanza, cruza el desierto, escucha todas aquellas historias y llega a tener los primeros combates con aquellos hombres enormes, grandes y buenos guerreros que habían derrotado al inca, que eran mapuches. *Mapu* significa “tierra” y *che* hace referencia a la “gente de la tierra”. Los *tehuelches*, la gente de la costa, los *pikunches*, la gente de los montes, etc.

FORO COMPLUTENSE - Escritores en la Biblioteca
Conferencia de Luis Sepúlveda
El Ratoncito Pérez en la biblioteca
Modera: Rosa Falcón

Observando que, parte de la alimentación básica que tiene esa gente procede del fruto de un árbol, de la araucaria, y que hay muchas araucarias, denominan a aquella región “La Araucanía” y a los pobladores de la misma, “Araucanos”. Así nace el término genérico. Pero, curiosamente, con Valdivia va gente muy especial. Las doscientas mulas que trasladan las vituallas de esa avanzada llevan muy pocas cruces y muy pocas espadas. Sobre todo, llevan plantas, vides, para hacer vino. Y uno de los hombres de Valdivia, el Adelantado Jerónimo de Urmeneta, que recibe como Adelantado unas tierras que hoy en día serían un barrio de la capital, de Santiago de Chile, al sur de la misma.

Los españoles llegan a Chile en 1542 y, ocho años más tarde, se da la primera cosecha en la viña Urmeneta, un vino extraordinario que, según la historia, era vino para consagrar, pero aquellos españoles deben de haber sido unos cretinos... lo usaban para consagrar, siendo que hasta la fecha el Urmeneta es uno de los mejores vinos de ese país. Junto a él va una mujer, Doña Inés de Suárez, que es una especie de pionera de la biología. Sus apuntes, sus observaciones sobre las plantas medicinales aún son de una extraordinaria utilidad. Además, fue la persona que introdujo los gatos domésticos en ese país, porque amaba dichos animales y los llevó con ella. Lo más importante es que el segundo al mando era un poeta, Don Alonso de Ercilla y Zúñiga, poeta de Bermeo que cambió la historia de la humanidad... Un detalle que se le pasó a un hombre que admiro, que fue premio Príncipe de Asturias de investigación, Tzvetan Todoroff, en un libro maravilloso que se llama *La conquista de América y el problema del otro*, que omite un detalle muy importante.

Tras los primeros combates entre los araucanos y los españoles, después de que los araucanos quemaran esa primera aldea que los españoles habían fundado y llaman “Nueva Extremadura”, “Santiago de la Nueva Extremadura”, combates que fueron muy sangrientos, con bajas por ambos lados. Los araucanos, los mapuches, dominaban lo que más tarde había de llamarse “guerra de guerrillas”, montoneras. No conocían el caballo y en eso los españoles tenían una cierta superioridad, pero en muy poco tiempo descubrieron que hombre y animal no eran una misma cosa, sino que eran dos cosas y que bastaba con desmontar al caballero para vencerlo. Pero en medio de esos combates, Ercilla empieza a tirar líneas, creando uno de los documentos más importantes de la historia de la humanidad. Un poema épico llamado *La Araucana*, que en sus primeros versos dice:

*Chile, fértil provincia y señalada en la región antártica famosa,
de remotas naciones respetada por ser fuerte, principal y poderosa.
La gente que la habita es tan altiva, tan soberbia, gallarda y belicosa
que no ha sido de rey jamás vencida ni a extranjero dominio sometida.*

Ese fue el primer reconocimiento del “otro” en la historia de la humanidad. Fue el primer reconocimiento del otro en su intrínseco valor, igual a mí, tan valiente como yo, tan gallardo como yo, tan humano como yo... A partir de ese momento, nace una singularidad muy especial en Chile. ¿Por qué? Porque los araucanos y los españoles firman por primera vez en la historia desde que llegan los europeos al continente americano, un tratado de paz que delimita el territorio. El territorio de la Nueva Extremadura llegaba hasta más o menos unos seiscientos kilómetros al sur de la ciudad de Santiago, ese lugar se llamaba “la frontera” y allí empezaba la nación mapuche. Tanto la corona como los mapuches respetaron rigurosamente ese tratado, que sólo fue violado cuando fueron posibles las independencias. Por una parte, el afán criollo de no pagar más impuestos a la corona española, de otra, la debilidad de una España en descomposición y ocupada por las tropas francesas, por Napoleón. Recién entonces se viola ese tratado de paz y se permite la llegada de grandes emigraciones, grandes flujos de emigrantes de Centroeuropa, sobre todo, alemanes del sur de Alemania, polacos, galeses, etc. y comienza el exterminio de indios. Pero decía que esa singularidad permitió algo en ese país y es un mestizaje que ha funcionado en gran medida y que se terminó de resolver en algo que se llama “nación chilena”. Fue uno de los primeros países del continente, además de Venezuela, que tuvo una idea clara de “estado”, de “nación”. En el resto de los países, por desgracia, pasaron muchísimos años antes de que arribaran a esa idea de nación. El país hermano más próximo a nosotros es Argentina, donde las luchas de caudillos se prolongaron por muchísimos años, mucho después de que Chile se hubiera estructurado como nación, como estado soberano. Eso dio a los chilenos un sentido de “insularidad”, éramos tan peculiares, tan singulares, que estábamos muy solos. Además de estar geográficamente aislados, por el norte estamos aislados por ese enorme desierto que es el desierto de Atacama, por el este la cordillera de los Andes nos separa de los argentinos, por el sur, bueno... conocíamos mil y pico kilómetros hacia el sur de Santiago y el resto eran los ignotos territorios de la Patagonia, de la Tierra del Fuego, de los canales... Eran literatura. Muy pocos chilenos los habían pisado. Y por el oeste, estábamos separados de Japón por el Océano Pacífico.

En medio del torbellino de acontecimientos sociales que ocurrían en el resto de los países, éramos un oasis de paz y de tranquilidad. Un oasis, una tranquilidad que permitió que fuera un país que tuviera algo que era un lujo, una burguesía ilustrada y progresista, que hizo posible, por ejemplo, que yo pudiese ir a una escuela pública, gratuita y laica.

FORO COMPLUTENSE - Escritores en la Biblioteca
Conferencia de Luis Sepúlveda
El Ratoncito Pérez en la biblioteca
Modera: Rosa Falcón

Que pudiera terminar mi enseñanza secundaria hablando tres idiomas, como muchos otros chilenos de mi generación y de las anteriores. Una burguesía ilustrada, culta, que permitió –porque entendía que era inevitable– la formación de un movimiento popular, porque la riqueza que se generaba con la industria evidentemente generaba también cultura. La cultura se decanta hacia los intereses de las clases. Había una cultura que se decantaba hacia las clases superiores, que era la cultura más exquisita, y había otra que se decantaba hacia las clases populares, a los que ponían el trabajo en las grandes industrias, etc. Y no hubo choques o, por lo menos, no hubo choques excesivos y violentos como veíamos, por ejemplo, en las naciones centroamericanas sojuzgadas por intereses como la United Fruit Company, que eran señores de látigo en el siglo veinte. Y esa sensación de insularidad nos permitía incluso llegar a formularnos una idea de cambio de la sociedad. Cosa que se produjo en el año 1970, eligiendo democráticamente a un presidente marxista y empezar una serie de transformaciones sociales en el país de una forma pacífica, democrática y consensuada. Esa singularidad nos hizo tremendamente peligrosos porque éramos un ejemplo a seguir.

Vino entonces la intervención norteamericana. En 1973, un golpe de estado. Todo el mundo sabe lo que pasó, las muertes, los crímenes, las torturas... la dictadura que culmina en el año 1990, cuando se recupera la democracia. Pero quería decir que toda esa historia también es un componente básico de mi formación como escritor. Me siento depositario de una memoria muy rica, de una memoria casi privilegiada y, al mismo tiempo, me siento un velador, un guardián de esa memoria porque es extraordinaria. Aún no se ha escrito enteramente, aún no se ha estudiado con toda su intensidad. Si me permiten, me gustaría contarles algo y es que yo he tenido muchos privilegios en mi vida: el privilegio de tener una buena familia, de haber crecido con una muy buena familia, gente sensata, de clase media-baja pero sensata. De haber tenido una muy buena educación, porque era parte de la historia de mi país. Y luego he tenido el privilegio de recibir homenajes. He tenido más de los que creo merecer. Ser doctor de algunas universidades, ser caballero de las Artes y las Letras de la República Francesa, tener la medalla del Congreso italiano, en fin... Hay un gran honor que recibí en mi vida y es que en el año 1971, en enero del año 71 (las elecciones en las que fue elegido presidente Salvador Allende fueron en septiembre de 1970) yo era militante de la juventud socialista en Chile y, de pronto, fui seleccionado para formar parte de la guardia personal de Salvador Allende. No era un grupo de guardaespaldas. Éramos gente, estudiantes en su mayor parte. El mayor tenía veinticinco años y el menor tenía dieciocho. Fuimos seleccionados justamente por nuestros conocimientos, por ese acervo que se llama “cultura”. El presidente quería estar rodeado de gente discutidora hasta la insolencia, crítica, como él decía “hasta el límite del patán”, no pasar “el límite del patán”. Irreverente, por sobre todas las cosas... Allende no concebía a los jóvenes si no eran jóvenes profundamente irreverentes. Un sector de la policía se encargó de darnos la protección necesaria para proteger al primer mandatario y constituimos lo que se llamó el GAP (Grupo de Amigos Personales), con los cuales Allende hablaba y discutía mucho y, naturalmente, velábamos por su vida. Más tarde, la dictadura nos presentó como una organización terrorista, casi un club de delincuentes.

Un día, cuando Allende ya estaba en el gobierno, visitó Chile un intelectual francés de mucho prestigio. Un intelectual de izquierda de mucho prestigio porque había estado en la guerrilla con el Ché Guevara en Bolivia. Un sujeto que se llama Regis Debrais. Autor de un libro que llama “Revolución en la revolución” en donde el hombre se permitía criticar al Ché por cómo había llevado la guerrilla en Bolivia. Los franceses tienen una obsesión por explicarle al mundo cómo es el mundo. Este hombre iba a Chile a explicarnos cómo éramos los chilenos y qué era lo que teníamos que hacer. Recuerdo que aquel día estaba muy cerca, porque me tocaba estar en las proximidades de Allende, en la reunión que él tuvo con Debrais, porque se conocían. Debrais había sido detenido por el ejército boliviano y estuvo detenido algún tiempo, lo pasó muy mal en Bolivia. Allende fue quien lo rescató, implicándose personalmente. Luego regresó a Francia y volvió convertido en un gran periodista, un gran intelectual que iba a hacer un gran reportaje sobre esa “revolución chilena”. La vía chilena al socialismo...

En la casa de descanso de Allende, recuerdo que había zumos de frutas... y Allende le dijo: “Dime con absoluta sinceridad qué piensas”. Y Debrais le dijo: “Pienso que las cosas van muy mal. En primer lugar tengo aquí una selección de todos tus discursos y en ninguno hay una sola cita a los clásicos del marxismo. Ni a Lenin, ni a Marx...”

Allende sonrió y le contestó: “Tú no conoces lo que es este país. La media tiene veintiocho años. Es un país muy joven. Esta revolución se va a hacer con muy poco Lenin y con mucho Lennon”. Debrais continuó y dijo: “lo que más preocupa al mundo, a la izquierda mundial, es que tu revolución no tiene norte ideológico. Tú nunca dices que quieres ir a una dictadura del proletariado”. Allende estalló en una carcajada y le dijo: “Te voy a hacer una pregunta, Regis. ¿Tú sabes cuál es la expectativa de vida de los franceses?” Debrais no lo sabía. Allende le dijo: “En este año, 1971, la expectativa de vida de los franceses ronda los cincuenta y ocho años. ¿Sabes cuál es la expectativa de vida de los suecos y de los alemanes? Sesenta y dos años... ¿Y sabe cuál es la expectativa de vida de los chilenos...? Cuarenta y dos años. Esta revolución la hacemos para vivir tanto como los suecos, como los daneses, como los alemanes. Aquí “dictadura del proletariado”, o como la quieran llamar, no habido, ni hay, ni habrá... No queremos ningún tipo de dictadura más que imperio puro y limpio de la democracia. Ganamos democráticamente y estamos avanzando por el

FORO COMPLUTENSE - Escritores en la Biblioteca
Conferencia de Luis Sepúlveda
El Ratoncito Pérez en la biblioteca
Modera: Rosa Falcón

camino de la democracia a pasos realmente agigantados. Esta revolución se hace para vivir”. Me quedó esa frase. Es parte de mi acervo también como escritor. Intento que mi literatura sea una gran alegoría, me gusta esa idea de hacer las cosas para la vida, no para la muerte. Para celebrar la dicha de vivir... [aplausos].

Rosa Falcón

Muchísimas gracias, Luis. Hay más preguntas...

Persona del público

Yo siento curiosidad... Con una abuela de Jaén y una abuela vasca... ¿Por qué acabaste en Gijón?

Luis Sepúlveda

Tengo unas mezclas muy grandes. Primero he contado la parte de mi abuela vasca y mi abuelo de Jaén. Por otro lado, vengo de una historia de amor bastante curiosa por el lado materno, porque hacia finales de 1800, desde el puerto de Livorno salieron tres hermanos, dos chicos y una chica. El mayor de los hermanos tenía veinte años y la chica era la menor, tenía dieciséis. La familia toscana había vendido todo lo que “no” tenía para pagarles los pasajes a esos tres para que emigraran y se salvaran del hambre y de la miseria que había en Europa. Tomaron el barco de Livorno con rumbo a América. Cuando llevaban treinta días de navegación y empezaban a preguntar por qué no llegaban a América, les explicaron que América era un continente muy grande y ese barco no iba a los Estados Unidos, sino que iba a América del Sur. Llegaron a Argentina. Eran toscanos y ya en ese tiempo, en la ciudad de Buenos Aires la emigración italiana se había organizado muy “a la italiana”. En el gran Buenos Aires sólo había espacio para los sicilianos y para los calabreses. Los que no eran de allí los enviaban a las provincias. A estos toscanos los enviaron a una ciudad que se llama Mendoza que está en la frontera con Chile.

Pero eran trabajadores. Buenos trabajadores. Y en poco tiempo fueron propietarios de una panadería. A los tres años ya tenían una pequeña panadería. Pensaron en quedarse allí, tenían la panadería y a los tres años y medio llegó hasta ellos la noticia de que al otro lado de la frontera, en Chile, muy al sur, se estaba entregando tierras a los emigrantes. Era una ley muy curiosa, porque bastaba con invocar una ley que se llamaba “de la estaca” que consistía en llegar hasta los territorios del sur (estoy hablando ya de la Patagonia), clavar una estaca y decir “esta tierra es mía”. Y recibías el título de propiedad de sesenta hectáreas y los insumos suficientes para soportar un invierno. De esos inviernos duros del sur. Y estos tres toscanos pensaron que había que probar, pero consideraron que no había que arriesgar lo que tenían. Entonces mandaron a la más joven, que ya había cumplido diecinueve años, y esa mujer, Ángela, hizo un viaje a caballo de más de 2.500 kilómetros. Llegó al sur, clavó la estaca y dijo: “Esta tierra es mía”. Sólo que, junto con otros emigrantes, clavó la estaca en un lugar que era mapuche y los mapuches no estaban muy contentos con el hecho de que llegara otra gente a clavar estacas y decir “esta tierra es mía”.

Y había problemas muy serios. Hubo enfrentamientos, algunas muertes incluso. El que comandaba a los mapuches era un tipo llamado Francisco Calfucurá. Esta palabra está compuesta de *Calfú* y *Curá* y significa “piedra azul”, porque los jefes de los mapuches usaban un distintivo que era una piedra de lapislázuli. De ahí la piedra azul, porque se llamaba *Tokicurá*, la piedra del jefe. Y cuando se llevaba esa piedra por más de cinco generaciones, tenías derecho a llamarte Calfucurá, piedra azul... Francisco Calfucurá, que era un tipo muy grande que sobrepasaba los dos metros de estatura, con una cabellera larga, fuerte, extraordinario jinete, vio a esa pequeña toscana y se volvió loco. Y decidió secuestrarla. Y la secuestró... Hay muchas historias de cautivas y de cautivos de aquel tiempo. Pero ocurrió que, durante el secuestro, la toscana se enamoró de su secuestrador. Se sabe que le dio un trato exquisito. Le dijo: “Te traigo a mi poblado, te he secuestrado, quiero que seas mi mujer... pero si dices ‘no’, ahí está la libertad”.

Al cabo de unos pocos meses de estar ahí, empezó a hablar la lengua de los mapuches, naturalmente, para los otros europeos que estaban asentados por ahí fue “la puta”. Y esos dos se transformaron en mis abuelos maternos. Esto tiene que ver porque vengo de una serie de mezclas muy grandes. Yo crecí mamando un poco de cultura mapuche, de cultura italiana nada porque, por desgracia, mi abuela murió después de un parto, cuando nació el menor de sus hijos. Pero curiosamente, en la casa de mis abuelos paternos, que era una de las tantas casas del exilio republicano, debo decir, llegaba gente maravillosa... Yo tuve el enorme placer de conocer a un hombre llamado Arturo Soria, que llegaba a casa

FORO COMPLUTENSE - Escritores en la Biblioteca
Conferencia de Luis Sepúlveda
El Ratoncito Pérez en la biblioteca
Modera: Rosa Falcón

de mis abuelos. Era un hombre que andaba en invierno o verano, invariablemente, con un abrigo enorme, largo, negro, que le llegaba hasta los pies. Era muy delgado, entonces se veía como un extraño tubo vestido de negro. Recuerdo que le oí contar muchas veces que la gente le saludaba: “Buenos días, Don Arturo” y él se volvía: “Disculpe usted... pero discrepo”.

La mayor parte de la gente que llegaba a la casa de mis abuelos eran asturianos y mucho de ellos de Gijón. Crecí mamando nostalgias de Asturias y me gustaba mucho oírlos hablar porque la palabra Asturias era un nombre de mujer. Yo me imaginaba una mujer muy hermosa, muy bella. Y, a medida que iba escuchando cómo era esa tal Asturias, siempre estaba rodeada de nubes, estaba cerca del mar, bajaba a las minas de carbón... y esos asturianos que iban a esa casa eran ejemplarmente simpáticos. Había otros que iban a la casa de mis abuelos que, ya fuera porque venían de orígenes sociales más altos, no destacaban por su participación a la hora de arreglar la casa después de la fiesta. En cambio, los asturianos eran los primeros en llegar, ayudaban a poner la mesa, a preparar el carbón para hacer el asado y luego se quedaban a retirar las cosas de la mesa, a ayudarle a la abuela a lavar la loza. En fin. Sobre todo me encantaba cuando hablaban de Asturias.

En 1981 vine por primera vez a España y fui primero a conocer a mi parentela de Martos, en Jaén. Por fortuna, encontré al hermano menor de mi abuelo. Llegué dos meses antes de que muriera. Esa fue una suerte extraordinaria. Luego emprendí el camino hacia el norte, para ir a Guetaria. Recuerdo que viajaba en una furgoneta así, muy alemana, equipada con una pequeña cama, una cocinita para hacer los espagueti del peregrino y cuando iba rumbo al norte, llegué a un lugar alto. Estaba convencido de que estaba muy cerca del País Vasco... me sorprendió un aguacero en el que no se veía nada. Estaba todo oscuro, me hice a un lado en el camino y pensé: “Aquí me quedo”. Al otro día amaneció sin llover pero aún entre nubes y claros recuerdo que abrí la puerta corredera, salí y vi un verde que nunca había visto en mi vida... un verde muy intenso. Se veían las aldeas y humo. Chimeneas. Más nubes y más abajo, el mar. Me metí a desayunar a una fonda y pregunté dónde estaba. La mujer que atendía la fonda –que aún existe– me dijo: “Estás en Asturias”. Estaba en Pajares y la verdad es que me estremecí, porque el nombre es tan hermoso. Empecé a bajar y todo me era conocido. Todo me era familiar, todo era mío. Nunca había estado, pero sabía que después de Pola de Lena venía Mieres y después, Langreo. Y que al lado estaba Sama y la Felguera. Nunca había estado y lo sabía. Me anticipaba a los anuncios de la calle. Y así fui bajando y llegué a Gijón. Me detuve, muy emocionado por esa bajada, frente a una sidrería que aún existe que se llama Tino del Roxu, frente a una plaza que ahora se llama Plaza de Europa, pero en aquel tiempo era simplemente un descampado.

Entré, me preguntaron qué quería y respondí: “Lo que se bebe aquí”. Me dijeron: “Aquí se bebe sidra”. Entonces dije que me pusieran una copa. “No”, respondieron, “se pide una botella”. Asentí y lo que me desconcertó fue el “culín”, nunca había visto uno... Yo intenté servirme y el mesonero me paró en seco: “No. Se escancia...” El verbo era absolutamente desconocido para mí. Pregunté cómo se hacía eso. Recuerdo que me maravilló ver aquel arco de miel al escanciar. Me la sirvió, yo la probé... estaba muy buena y me dijo: “No, hombre. Se bebe de golpe y dejas un poco en el fondo para limpiar la parte en la que has apoyado los labios y no se bebe solo”. Como ya vi que todo eran dificultades terminé por decirle: “Me pones un vino y dejamos el tema por aquí”. Pero al lado había un grupo, me llamaron y empecé a beber sidra con ellos. Uno escanciaba muy bien y me preguntaron de dónde era y dónde vivía, porque mi coche era extranjero. Conté que era de Chile y que vivía en Alemania. “Gilipollas... qué haces ahí...”, esa ternura brutal que tienen mis paisanos de Asturias. Y al poco tiempo ya estaba entre amigos. De pronto, uno de ellos me dijo: “Lo que tú tienes que hacer es venirte para acá...” Le respondí que me gustaría, pero que primero tenía que saber cómo eran los asturianos. Y lo que voy a decir puede que en Madrid suene un poco vulgar, pero en Asturias, no. El tipo al que le pregunté que quería saber cómo eran los de ahí, me dijo: “Vóytelo a decir es asturiano. Aquí hacemos una división de la humanidad simple: o se yé un hijo de puta o se yé de los nuestros”. Entonces le pregunté a qué grupo pertenecía. “De los nuestros... se ve”, me respondió. Nunca había recibido una invitación tan cálida para quedarme en un lugar. Desde aquel momento, empecé a ir a Asturias todos los años. Quería vivir ahí, tenía muchos deseos... recién lo conseguí hace doce años. Ahí estoy... soy parte del inventario de Gijón, como las farolas, me siento muy de ahí. Y la verdad es que soy muy feliz en Asturias.

Rosa Falcón

Bueno... muchísimas gracias, Luis, por tu magnífica exposición. Ha sido una tarde de cuentos, de historias, con esa lámpara de Aladino que has traído, con este relato que nos has leído. Yo creo que... nada más. No hay más preguntas tampoco, ¿verdad? Muchas gracias a todos por acompañarnos.

[aplausos]